

## **Heroína, el “caballo” que mata (II)**

La heroína ha afectado a amplios sectores de la juventud. En Madrid, a causa de esta droga o en relación con su tráfico, murieron cinco personas la semana pasada. Frente a esto, cincuenta drogadictos, entre los quince y dieciocho años, fueron a pedir tratamiento en el Hospital Clínico de Barcelona y no fueron atendidos por falta de medios.

La sociedad española ha sido cogida de imprevisito la rápida extensión entre la juventud de la heroína y de otras drogas. La Administración no cuenta ni con servicios médicos ni con centros de desintoxicación.

Es preciso distinguir entre las drogas duras como la heroína y la morfina y las flojas como la marihuana y el hachís. Estas últimas no tienen nada que ver con la gravedad de las primeras. Pero, sobre todo, hay que distinguir entre un delincuente y un drogadicto. El segundo es un enfermo.

### **«Papá, soy drogadicto, por favor ¡no te pongas a gritar!»**

MADRID, 13 (D16).— «Papá, soy drogadicto, por favor, ¡no te pongas a gritar!», esta es la frase de un joven que acaba de confesar a su familia que está atrapado en la red de la heroína. Es una situación general y actualmente en boga, porque acaba de producirse una gran recesión de la oferta de «caballo» en el mercado y, sin embargo, la demanda es brutal.

Montones de jóvenes heroínómanos se encuentran en toda España sin nada con qué pincharse. No es difícil que echen mano de la mayonesa para introducírsela en las venas, porque saben que eso hacen varios grupos norteamericanos con su mismo problema. O se inyectan Coca-Cola. Pero tampoco es extraño que decidan beberse sus propios orines, porque creen que la heroína que se introdujeron el día anterior está, en parte, en residuos, en los detritus. A esta situación se ha llegado con la falta de «polvo» en el mercado, y probablemente las cinco muertes de la semana pasada, ocurridas en Madrid, sean una consecuencia.

#### **A la caza del que tiene heroína**

Entre los círculos de drogadictos se ha declarado una especie de guerra. Se trata de ir a la caza del que tiene droga, del que tiene algo con qué pincharse.

Visto desde la parte de los necesitados de heroína, la acción policial ha logrado hacer retroceder el tráfico, sobre todo a niveles de pequeños traficantes y consumidores. Sin embargo, las grandes organizaciones de «camellos» de droga siguen funcionando.

Los agentes lo que han logrado, en este momento, es que los transportistas no se detengan en este país. Los convoyes siguen su rumbo a Europa y América, porque España es un lugar de paso casi obligado para los proveedores de «polvo».

Las medidas tomadas en relación a reducir la existencia de estupefacientes en las farmacias ha minimizado el número de asaltos a las mismas y se lo ha puesto más difícil a los drogadictos. El síndrome de abstinencia les va a obligar a buscar droga o a buscar soluciones. Muchos de ellos quieren dejar ese mundo, salir del agujero. Pero ni el Gobierno, ni la actual estructura de este país, ni la Administración en general ofrecen ninguna solución. Los drogadictos están casi solos y esto es gracias a que existe una posibilidad de escape: la Unión Española de Defensa de Defensa contra la droga.

En esta organización particular con contactos con la Administración interrumpidos por una férrea barrera burocrática, se trata a un fuerte grupo de toxicómanos que quieren dejarlo. Pero hay cien en lista de espera para recibir tratamiento y, además, las posibilidades de asociación son mínimas: no tiene casi nada y encima tratan de poner al alcance de cualquiera que quiera tirar la aguja un tratamiento gratuito.

La Unión de Defensa contra la Droga lleva meses tramitando en despachos, buscando sellos y tampones, y atendiendo a cuantos llegan a sus oficinas con serios problemas. Porque la droga está ahí y es algo vivo que se mete en la sangre de los más jóvenes y que hay que tratar y atajar ahora y aquí, sin más dilaciones. No bastan reuniones de burocracia para estudiar papeles. Hay que tener soluciones, porque la gente se está muriendo en la calle. O sea, que al Gobierno se le están muriendo gobernados por la droga, a causa de la droga o buscando la droga. Y no ha hecho más que empezar. Todo lo anterior no es una opinión del periodista, sino una realidad en la calle y si no que se aplique el oído.

### **Mi novia la aguja**

Vamos a hablar del problema en Vallecas, aunque los heroinómanos y drogadictos en general están extendidos por toda la geografía y en especial en los grandes núcleos urbanos. En el poblado de Vallecas hay mucha gente que se pincha. No tenemos datos estadísticos porque falta un centro de control y de centralización que pueda ofrecerlos. Pero la cosa está así.

Recientemente, un obrero en paro, con un hijo de dieciséis años drogadicto, se plantó en los locales de la Unión Española de Defensa contra la Droga y dijo: «Tengo un hijo drogadicto, estoy en paro. Mi familia se compone de tres hijos, mi mujer y yo. Tengo una angina de pecho y sé que no voy a poder resistir el dolor de tener un hijo drogadicto. Necesito que me ayuden».

Bueno, la cosa es que el muchacho también estaba en paro. El hombre murió hace unos días de angina de pecho y ahora hace falta que el primogénito drogadicto trabaje para sostener a la familia. La Unión le ha buscado un empleo y además tiene en tratamiento al muchacho. Pero son muchos los casos y pocas las posibilidades.

Hasta ahora, la asociación cuenta con cuotas y donaciones que suben por encima de las cien mil pesetas en total, y otras trescientas mil que prestó UCD y que luego se han transformado en donación. Obviamente no es suficiente, ni siquiera es bastante para empezar. Pero ahí están, en la brecha, haciendo cosas positivas y supliendo una falta de la Administración, que no dispone de ningún centro de desintoxicación ni de ningún organismo de atención a los drogadictos.

«La aguja es mi novia, mi compañera, y la necesito para vivir», lo ha dicho un drogadicto. Cinco años pinchándose heroína. Tres «enganches» (lo dejó y lo volvió a coger) y necesitado de dosis de metadona para cambiar, para salir del arroyo.

### **El «rollo» familiar**

Acaba de decirle a su padre que es drogadicto y viene de fumarse un «porro» en el retrete. La marihuana y el hachís son drogas flojas, menores. El mayor peligro que tienen es que de ahí se va hacia la morfina y la heroína, en busca de sensaciones más fuertes. Pero el padre ya se ha puesto a gritar y ha dicho esto de «qué vergüenza si se entera fulanito o la vecina». El muchacho o la chica se han ido dando un portazo. Y ya la tenemos.

Porque si un drogadicto no puede fumarse un «porro» en casa va a hacerlo en otro sitio. Va a entrar en los ritos y mitos de un grupo y desde la categoría de «fumeta» se va a pasar a la de «junkie» (o «yonqui» en español), o sea,

«drogota», loco por la droga. A eso le empuja el ambiente social, familiar, la incomprensión y la falta de motivaciones. Sobre todo, y para que lo sepan, el alto nivel de paro.

Tenemos una juventud sin posibilidades de realización. No encuentran colocaciones ni ven claro su camino cuando cumplen la edad de ponerse al «curro» (trabajo). Algunos de ellos acaban una carrera de cinco años, que convierte su diploma en papel higiénico colgado de la pared. No hay puestos de trabajo, no hay posibilidades de realización. Es fácil caminar hacia la droga.

### **Enfermos y no delincuentes**

Una sociedad que no tiene puestos de trabajo para entusiasmar a la juventud, o simplemente para encarrilarla, para hacerla compartir un deseo de participación, que tampoco cuenta con centros donde atender un tipo de problema que está explotando en la calle, al que únicamente ha aplicado el sistema del palo y tente tieso, o lo que es lo mismo, detenciones y marginaciones, que nada solucionan, demuestra una falta de capacidad de respuesta.

Los drogadictos son enfermos, y aunque es lógico que se trate de dominar y cortar el tráfico, al drogadicto no se le debe tratar como a un delincuente. Es un enfermo, y hasta que no se entienda esto, no hay nada que hacer.

La comprensión debe empezar por el contexto familiar. Tratar de acercarse al enfermo y tratar de que no busque ambientes externos que le envuelvan en sus ritos o en sus demagogias. Tampoco vale volver la espalda.

Se han dado casos de familias que se han ido de veraneo y han dejado a sus hijos drogadictos en Madrid, en la calle. Simplemente, les han cerrado las puertas de casa y que se las apañen como puedan. Papá se ha cabreado y no le habla al niño. El muchacho necesita pincharse y está tiritando y sudoroso, necesitado de una dosis. A ver qué puede pasar. Pues de todo.

Desde que aparezca su cadáver flotando en el Manzanares hasta que cometa un hurto, un robo, un atraco a mano armada o un crimen. Esto de la droga no es un juego. Lo primero, pues, es que papá entienda que tiene un enfermo en casa y no haga de él un desesperado.

[Francisco] Pérez Abellán, en *Diario16*, año III, núm. 592, 13 de septiembre de 1978, págs. 12-13.

**Pie de foto (Cano):** *Coloquio sobre la heroína: Los familiares deben entender al drogadicto.*